

NOTAS DE LA SEMANA



CAN de mis tabarrosas misivas, parece que fué ayer, cuando te recomendaba cordialmente dilatada paciencia para esperar el dictamen de la alta comisión que inspecciona la labor municipal. La prensa de Madrid ha disfrutado de más tolerancia que la indígena en este asunto y a estas horas toda España sabe que estamos sometidos a rigurosa cuarentena y se juega con las cartas boca arriba.

Por acá hemos disfrutado de un ciclón mayor que el que yo veía simular entre bastidores cuando «La Tempestad». Claro es, que para que llegues a darte cabal cuenta de su magnitud, te diré que hasta se apagó la luz. A pesar de todo no hubo que lamentar el menor chichón ciudadano, y con la velocidad de la mitológica Ataranta huyó de nuestra zona, dejando algunos marcos sin vidrieras y varios chopos en decúbito supino. Mas aquí viene bien aquello, de «que era de noche y sin embargo lluvia.»

Vivimos en una paz virgiliana... al parecer, pues en los mentideros de gran tono se esperan acontecimientos localistas, que nunca llegan, si hemos de juzgar por las vísperas, que no presentan cariz de sicilianas.

Ahora estamos solos, y quiero decirte con esta frase de recién casados, que la vida comercial está localizada al propio impulso de la ciudad. No entran forasteros, no se ven caras nuevas, lo cual nos indica que o hay poco dinero o resulta molesto salir de casa con estos temporales.

El domingo próximo asistiremos a la conferencia organizada por el gremio de maderas, que está en las diez de últimas, y de los acuerdos o deliberaciones que allí se tomen te tendré al corriente. La frase vulgar de «se acabó el carbón», debemos hoy suplantarla por esta otra «se acabó el serrín», la piedra filosofal de las amas de casa, economizadoras y haciendo as. El hogar conquense ha sufrido una honda transformación económica. Por 35 céntimos se guisaba para toda una familia por prolífica que fuese. Hoy, vengán cogedores de carbón y esperando vez los pucheros para arrimar la panza al borde de la hornilla.

Todos los pueblos han tenido su edad de piedra, de oro, etc. Nuestra edad del serrín finiquita.

Lo de Mota del Cuervo, al fin nada. El pastor aventurero—ya pensamos en otro

Grimaldos—ha sido hallado vivo y coleando y más vale así.

De cine, unos pelliculones que tronchan. El jueves tuvimos «Carne de mar», o como si dijéramos solomillo del océano, o calamares del Cerro Molina. Estos endiablados directores de escena, no saben ya cómo titular las cintas; pues agárrense al «Fantasma del Louvre», que va enseguida.

De notas de sociedad yo no noto nada. De cuándo en cuándo oigo tocar a gloria y digo como el poeta cacique de Castellón. ¡Un angel más!

Leerías el «A B C» del domingo último dedicado a nosotros. Dos soberbios artículos de buena prosa y mejores fotos, de los señores Camarasa y Kleiser. Que Dios se lo pague.

Y que a tí y a mí, paciente Juan, nos libre Dios de los malos catarros y de las cotorras peores.

X. X. X.



De la Ventilla a Margarita

Burla burlando

Con la pluma en *la mi* mano,
hoy quiero rimar ufano
cosas de gran emoción;
pero, lector, es en vano...,
chitón.

Hoy con las musas me alisto
y mi númer está listo,
siento en mí la inspiración,
mas reflexiono y no chisto...
chitón.

Ni una fábula siquiera
contarte tal vez pudiera,
con su chispa e intención,
bien de Iriarte o de Extremera...
chitón.

De esta forma tan sencilla
voy haciendo mi Ventilla,
tras uno, el otro renglón
Véis, ya salió otra quintilla...
chitón.

Y queriendo y no queriendo,
voy de este modo cumpliendo
mi sagrada obligación.
¿Hablábamos?... ya me entiendo...
chitón.

El Tío CORUJO.

ANECDOTAS TEATRALES



N autor teatral, de felicísimo ingenio, ya en las postrimerías de su vida, precisó realizar una operación financiera y allá se fué al oportuno Establecimiento y ante una de sus ventanillas expuso su demanda.

El empleado, tras escucharlo, se dispuso a hacer las anotaciones en los libros correspondientes y hubo de preguntar su nombre al autor en cuestión. Este, le respondió: *Ventura de la Vega*.

Crejó el empleado que no había sido comprendido y que se le decía el nombre de la calle en que tuviera su domicilio e insistió dos veces más en su pregunta para obtener idéntica respuesta. Hasta que el autor, al ser nuevamente interrogado ya en tono descompuesto, hubo de contestar, entre burlón y sumiso:

¡Si no le conviene a Vd. ese nombre, que es el mío, ponga Vd. Olmo, 6!

Rafael Calleja, el aplaudido compositor, es quizás más regocijante en su conversación, siempre amena, que los mil y un autores que sientan plazas de *genios*.

Ahora bien: Rafael Calleja es un *pelmazo*. Para *colocar* un chiste, *abusa* de la paciencia y de la amistad de sus íntimos a los que no deja respirar porque su vena es inagotable.

No ha mucho, a un nuestro amigo, le dió un *sólo* de órdago a la grande. Trataba de justificar su tardanza en acudir a una cita y, muy en serio afirmó que le había retenido el inventor—socio suyo—de una maquinilla para el corte de pelo, a la que se había patentado con la marca «Eri».

El resto, ya lo adivinarán nuestros queridos lectores. Calleja afirmaba que era una maravilla, y agregó: «Así como la... (aquí otra marca extranjera) no sirve, yo os juro que la *Eri-si-pela*».

¡Catastrófico!

En la misma capital andaluza de que hablabamos en las anécdotas publicadas en números anteriores, se representaba una popularísima zarzuela en dos actos, cuya protagonista corría a cargo de la primera tiple, dama de muy timbrada voz pero ya entrada en años.

Hay un momento en la obra, en que la mencionada artista había de marchar precipitadamente, diciendo: ¡Mi madre me lla-

ma! Y entonces, un espectador *oportuno* gritó desde la galería: Pero, ¿todavía vive?

No creemos preciso añadir que la representación, a partir de aquel momento, fué un verdadero fracaso.

Manuel CANO.

Madrid, noviembre 1927.



Teresa y María Por Carmela de Eulate

LA ilustre autora de la interesante obra «Los amores de Chopin» ha tejido en esta novela una deliciosa historia amorosa sentimental en la que no se sabe qué admirar más, si la hondura psicológica, la amenidad, el sano realismo impregnado de delicado sentimiento, o el trazo seguro de un lenguaje sobrio y castizo.

«Teresa y María» son dos tipos opuestos de mujer: guapa, orgullosa, vana y coqueta la una; humilde, profunda y constante en sus afectos la otra; forman, en suma, un contraste. Las dos jóvenes se sienten interesadas por el mismo hombre, el cual cae, como es natural, en las redes de la coqueta, que sólo desea satisfacer con aquel noviazgo el capricho de triunfar de un hombre que no la halaga ni adula como los demás, pero a quién en el fondo desprecia por su humilde origen, no obstante haberse elevado por sus propios méritos.

Felizmente, las propias coqueterías y veleidades de la guapa hacen caer a tiempo la venda de los ojos del joven y fijarse en los tesoros de ternura, inteligencia y bondad de la humilde (prima de la otra y que con ella convive por azares de la suerte), que le ha estado amando en silencio y sufriendo el consiguiente suplicio al verle juguete de la hermosa coqueta.

Este asunto y sus incidencias componen la urdimbre de la preciosa novela «Teresa y María», cuya amenidad e interés están sostenidos hasta la última línea, salpimentado todo ello con deliciosas descripciones de ambientes provincianos y con bien trazados dibujos de personajes secundarios o accidentales.

Novela publicada en la colección «La Novela Rosa» con el número 91.—Un volumen en rústica, 150 pts. Editorial Juventud, S. A. Calle provenza, 216.—Barcelona.